

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procuréis que os responda, si no queréis oír alguna mentira de su boca.

Jamás la dije, dijo a esta sazón la que hasta allí había estado callando, antes por ser tan verdadera y tan sin trogas mentirosas me veo ahora en tanta desventura; y de esto vos mismo quiero que seáis el testigo, pues mi pura verdad os hace a vos ser falso y mentiroso.

Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decía, que sola la puerta del aposento de don Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz dijo:

¡Válgame Dios! ¿qué es esto que oigo? ¿qué voz es esta que ha llegado a mis oídos?

Volvió la cabeza a estos gritos aquella señora, toda sobresaltada, y no viendo quién las daba, se levantó en pie y fuese a entrar en el aposento; lo cual visto por el caballero, la detuvo, sin dejarla mover un passo. A ella, con la turbación y desasosiego, se le cayó el tafetaín con que traía cubierto el rostro, y descubrió una hermosa

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

INCOMPARABLE Y UN ROSTRO MILAGROSO, AUNQUE DESCOLO-
 RIDO Y ASOMBRADO, PORQUE CON LOS OJOS ANDABA RO-
 DEANDO TODOS LOS LUGARES DONDE ALCANZABA CON LA
 VISTA, CON TANTO AHÍNCO, QUE PARECÍA PERSONA FUM-
 ERA DE JUICIO; CUYAS SEÑALES, SIN SABER POR QUÉ
 LES ACÍA, PUSIERON GRAN LÁSTIMA EN DOROTEA Y EN
 CUANTOS MIRABAN. TENÍALA EL CABALLERO FUERTE-
 MENTE ASIDA POR LAS ESPALDAS, Y, POR ESTAR TAN
 OCUPADO EN TENERLA, NO PUDO ACUDIR A ALZARSE E LE-
 MBOZO QUE SE LE CAÍA, COMO EN EFECTO SE LE CAYÓ
 DEL TODO; Y ALZANDO LOS OJOS DE DOROTEA, QUE AB-
 RAZABA ASIMISMO LA TENÍA ERA SU ESPOSO DON FE-
 RNANDO, Y APENAS LE VUBO CONOCIDO, CUANDO, A-
 RROJANDO DE LO ÍNTIMA DE SUS EXTRAFAS UN LLEN-
 SO TRISTÍSIMO (¡AY!), SE DEJÓ CABA DE ESPALDAS
 DESMAYADA; Y ANO ALLARJE ALLÍ JUNTO EL BARBERO,
 QUE LE RESCOTIÓ EN LOS BRAZOS, ELLA DIERA CONSIGO
 EN EL SUELO.

ACUDIO LUEGO EL CURA A QUITARLE EL EMBOZO,
 PARA ECHARLE AGUA EN EL ROSTRO, Y ASÍ COMO LA
 CONOCID DON FERNANDO, QUE ERA EL QUE ESTABA A-
 BRAZADO CON LA OTRA, Y QUEDÓ COMO MUERTO EN
 VERLA; PERO NO COMO DETASB, CON TODO ESTO, DE-
 TENER A LUSCINDA, QUE ERA LA QUE PROCURABA

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

soltarse de sus brazos, la cual había conocido en el suspiro a Cardenio, y él la había conocido a ella. Oyó asimismo Cardenio el «¡ay!» que dio Dorotea cuando se cayó desmayada, y, creyendo que era su Luscinnda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenía abrazada a Luscinnda. También don Fernando conoció luego a Cardenio; y todos tres, Luscinnda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les había acontecido. Callaban todos y mirábanse todos Dorotea a don Fernando, don Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscinnda, y Luscinnda a Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fue Luscinnda, hablando a don Fernando de esta manera:

—Dejadme, señor don Fernando, por lo que debéis a ser quien sois, ya que por otro respeto no lo, que debéis a ser quien sois, hacedme llegar al muro de quien soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar

(4)

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

Vuestros importunaciones, vuestras amenazas,
vuestras promesas ni vuestras dádivas. Notad cómo
el cielo, por desusados y a nosotros encubiertos
caminos, me ha puesto a mi verdadero esposo delante,
y bien sabéis por mil cosas experiencias que
sola la muerte fuera bastante para borrarle de
mi memoria. Sean, pues, pante tan claros desengaños
para que volváis, ya que no podáis hacer
otra cosa, el amor en nada, la voluntad
en desprecio y acabadme con él la vida, que
como yo la rinda delante de mi buen esposo,
la dure bien empleada; quizá con mi muerte
quedará satisfecho de la fe que le mantuve
hasta el último trance de la vida.

Habría en este entretanto vuelto Doneta
en sí, y había estado escuchando todas las
razones que Lucinda dijo, por los cuales
vino en conocimiento de quién ella era; y
viendo que don Fernando aún no la dejaba
de los brazos ni respondía a sus
razones, esforzándose lo más que pudo se
levantó y se fue a incan de rodillas
a sus pies, y, derramando mucha cantidad de
hermosos y los últimos lágrimas, así le comenzó a

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

decir:

- Si ya no es, señor mío, que los rayos de este sol que en tus brazos eclipsado tienes te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que a tus pies está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde a quien tú, por tu bondad o por tu gusto, quisiste levantar a la altura de poder llamarse tuya; soy la que, encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta hasta que a las voces de tus importunidades y, al parecer, justas y amorosos sentimientos abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad, dándote de ti tan mal agradecida cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas y verte yo a ti de la manera que te veo. Pero, con todo esto, no querría que cayese en tu imaginación pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traído sólo los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera que aunque ahora quisieras que no lo sea no será posible que tú dejes de ser mío. Mira, señor mío, que puede ser recompensa a la hermosura y nobleza por quien me dejas la incomparable voluntad que te tengo. Tú no puedes ser tuya, porque es

6

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

De Cardenio; y más fácil te será, si en ello miras, reducir tu voluntad a querer a quien te adora, que no en caminar la que te aborrece a que bien te quiera. Tú solicitaste mi descaído, tú rogaste a mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué a toda tu voluntad: no te queda lugar ni acogida de llamarte en engaño; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quíereme a lo menos y admítete por tu esclava; que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas, con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra; no des tan mala vejez a mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que, como buenos vasallos, a los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mía, considera que pocas o ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

que la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustraciones descendencias, cuanto más que la verdad nobleza consiste en la virtud, y si ésta a ti te falta negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es que, quieras o no quieras, yo soy tu esposa: testigos son tus palabras, que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por que me desprecias; testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo, a quien tú llamaste por testigo de lo que me prometías. Y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho y turbando tus mejores gustos y contentos.

Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea, con tanto sentimiento y lágrimas,

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

que los mismos que acompañaban a don Fernando y cuantos presentes estaban la acompañaron en ellas. Esquichola don Fernando sin replicarle palabra, hasta que ella dio fin a las suyas y principió a tantos sollozos y suspiros, que bien había de corazón de bronce el que con muestra de tanto dolor se enternecería. Mirándola estaba Luscinada, no menos lastimada de su sentimiento que admiraba de su mucha discreción y hermosura; y aunque quisiera llegarse a ella don Fernando, que apretada la tenía. El cual lleno, de confusión y espanto, al cabo de un buen espacio, que atentamente estuvo mirando a Dorotea, abrió los brazos y dejando libre a Dorotea, dijo: Venciste, hermosa Dorotea, venciste; porque no es posible tener tanto ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que tenía así como la dejó don Fernando, iba a caer en el suelo; más hallándose en cardoso allí, junto, que a las espaldas de don Fernando se había puesto, porque no le conociere por puesto a todo temor y aventurado a todo riesgo, acudió a sostener a Luscinada, y, cogiéndola entre sus brazos, le dijo: Si el piadoso cielo gusta y quiere que

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

ya tengas algún descanso, leal, firme y hermosa señora mía, en ninguna parte creo ya que le tendrás más segura que en estos brazos que ahora te reciben y otro tiempo te recibieron, cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mía. A estas razones, puso Luxinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado a conocerle, primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta en ningún honesto respeto, le echó los brazos al cuello y, juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo:

- Vos sí, señor mío, sois el verdadero dueño de esta nuestra cautiva, aunque más le impedía la contraria suerte y aunque más amenazas le hagan a esta vida que en la nuestra se sustenta. Extraño espectáculo fue éste para don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle a Dorotea que don Fernando había perdido la color del rostro y que hacía ademán de querer recogerse de Cardenio, porque le vio encaminar la mano a ponella en la espada; y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover sin cesar un punto de sus

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

Lágrimas le decían: ¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mío, en este tan impensado trance? Tú tienes a tus pies a tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido. Mira si te estará bien o te será posible deshacer lo que el cielo me ha hecho hacer, o si te convendrá querer levantar a igualar a ti mismo a la que por supuesto todo incombeniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego y por quien tú eres te suplico que este tan robrió desengaño no sólo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre noble pecho, y verá el mundo que tiene con tigo más fuerza la razón que el apetito. En tanto que esto decía Dorotea, aunque Cardenio tenía abrazada a Lucinda, no quitaba los ojos de don Fernando, con determinación de que, si le viese hacer algún movimiento en su perjuicio, procuraría defenderse y ofender como mejor pudiese a todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero a esta

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

sanjón acudieron los amigos de don Fernando,
 y el cura y el barbero, que a todo habían
 estado presentes, sin que faltase el bueno de
 Sancho Panza, y todos notaban en don Fernando,
 replicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas
 de Dorotea, y que, siendo verdad, como sin duda
 ellos creían que lo era, lo que en sus razones
 había dicho, que no permitiese quedarse defraudada
 de sus tan juntas esperanzas; que considerase
 que no acaso, como parecía, sino con particular
 providencia del cielo, se habían todos juntado en un
 lugar donde menor ninguno pensaba; y que advirtiese
 - dijo el cura - que sola la muerte podía aportar
 a Lucinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filas
 de alguna espada, ellos tendrían por felicísima su
 muerte, y que en los corazones inremediables era
 suma de condura, forzándose y venciendo a sí
 mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que
 por sola su voluntad los dos gozaran el bien
 que el cielo ya les había concedido; que pusiese
 los ojos asimismo en la beldad de Dorotea y
 veía que pocas o ninguna se le podían igualar,
 cuanto más hacerte ventaja, y que juntase a su hermosura

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

Su humildad y el extremo del amor que le tenía, y sobre todo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, que no podía hacer otra cosa que cumplirle la palabra dada, y que cumpliéndosela cumpliría con Dios y satisfaría a las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerrogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse e igualarse a cualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta e iguala a sí mismo; y cuando se cumplen las fuerzas de las leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue.

En efecto, a estas razones añadieron todas otras, tales y tantas, que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dio de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le había propuesto fue abrazarse a Dorotea, diciéndole:

Levantaos, señora mía, que no es justo que esté arrodillada a mis pies la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amáis os sepa estimar en lo que merecéis. Lo que os ruego

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

es que no me reprehendáis mi mal termino y mi mucho descuido pues la misma ocasión y fuerza que me movió para aceptaros por mía, esa misma me impelió para procurar no ser vuestro. Y esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Lusinda, y en ellos hallareis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices oros con su Cardenio, que yo rogré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea. Y diciendo esto, la tomó a abrazar y a juntar su rostro con el suyo, con tan tierno sentimiento, que le fue necesario tener gran cuenta con las lágrimas no acabasen de dar dúbtables señas de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Lusinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron a derramar tantas, los unos de contento propio y los del ajeno, que no parecía sino que algún grave y mal caso a todos había sucedido. Hasta Sancho panza lloraba, aunque después dijo que no lloraba él sino para ver que Dorotea no era, como él pensaba, la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algún

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

espacio, junto con el llanto, la admiración en todos, y luego Cardenio y Luscinnda se fueron a poner de rodillas ante don Fernando, dándole gracias de la merced que les había hecho, con tan corteses razones, que don Fernando no sabía qué responderles; y, así, los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía.

Preguntó luego a Dorotea le dijese cómo había venido a aquel lugar, tan lejos del suyo. Ella, con breves y discretas razones, contó todo lo que antes había contado a Cardenio, de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con él venían, que quisieran que durara el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así como hubo acabado, dijo don Fernando lo que en la ciudad le había acontecido después que halló el papel en el seno de Luscinnda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hubiera si de sus padres no fuera impedido, y que, así, se salió de su casa despechado y corrido, con determinación de vengarse con más comodidad; y que otro día supo como Luscinnda había saltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se había ido, y que, en resolución, al cabo de algunos meses vino a saber como estaba en un monasterio, con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio; y que así como lo supo, escogiendo para

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, a la cual no habían querido hablar, temeroso que en saliendo que él estaba allí había de haber más guarda en el monasterio; y, así, aguardando un día a que la portezuela estuviere abierta, dejó a los dos a la guarda de la puerta, y él con otro habían entrado en el monasterio buscando a Lucinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja, y, arrelantándose, sin darle lugar a otra cosa, se habían unido con ella a un lugar donde se acomodaron de aquello que habían unido para traer; todo lo cual había podido hacer bien a su salvo, por estar el monasterio en el campo, bien trecho fuera del pueblo. Dijo que así como Lucinda se vio en su poder, perdió todos los sentidos, y que después de vuelta en sí, no habían hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna, y que, así, acompañados de silencio y de lágrimas, habían llegado a aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se remontan y tienen fin todos los desventuros de la tierra.

16

Cadence 4d